Para citar este artículo: Saldívar, Dasso. "La subasta del fuego". *Literatura colombiana*, número especial de *Aleph: Revista de Literatura Hispanoamericana*, no. 19, Collard, P. y Montalvo, Y. (coord.). 2005, pp. 43-52. ISSN 1784-5114.
Disponible en: http://ahbx.eu/ahbx/?page_id=7464

La subasta del fuego

Dasso Saldívar

De aquella gloria no, no puedo hablarte.
Hoy no quiero sino la rosa
Perdida, perdida en la arena.
Quiero compartir el olvido.
Quiero ver los largos minutos
Replegados como banderas,
Escondidos en el silencio.
A la escondida quiero ver.
Quiero saber.

Pablo Neruda
"La insepulta de Paita"

Uno

El cura párroco de Paita removió la densa telaraña que lo oprimía, alzó la lámpara de aceite por encima de su cabeza y caminó guiado por el trasiego, sin ver a nadie, pues el polvo gris había tejido otra noche dentro de la noche. Los estibadores terminaron de descargar los baúles sobre el atrio de arena y desaparecieron en la oscuridad. El párroco puso la lámpara a toda mecha y se acercó a las cuatro mujeres que descansaban apoyadas en el montón de trastos. Se detuvo frente a la jefa del grupo y la observó con expectación serena. Era una mujer de aspecto judío vestida con botas de húsar, pantalones rojos adornados con cenefas doradas, blusa de hilo blanca, chaqueta verde esmeralda y sombrero negro de ala tendida y copa baja. Debajo, el cabello negro y lustroso lo tenía partido en dos crenchas que terminaban en un moño esponjado

sobre la nuca. El rostro redondo y algo flácido tenía visos encendidos sobre un fondo de alabastro, y lo más llamativo de ella seguían siendo sus ojos negros, chispeantes, que, sin dejar de ser maliciosos y altivos, habían ganado un marco de serenidad y de indulgencia para con sus semejantes. Pero del conjunto de su humanidad se desprendía un aura de orgullosa derrota.

padre, venimos en busca de cuatro hamacas donde descansar y de un rincón para mis baúles, dijo con su acento de quiteña.

Las palabras de la mujer terminaron confundiéndose con las del sereno, que avanzaba hacia el muelle haciendo oír su trabajo: "¡Ave María, las diez en punto y todo sereno: sin novedad!". Por su aura poderosa, su acento y su forma de vestir, el párroco se dio cuenta enseguida quién era el personaje que tenía enfrente, le hizo una reverencia de bienvenida y llamó a sus monaguillos para que se ocuparan de los baúles y de las tres criadas que la acompañaban. El mismo la condujo a través de las noches superpuestas hasta la casa cural haciéndole preguntas rutinarias sobre el viaje e interesándose por las causas del retraso del buque, hasta que la dejó en manos de Sor Enith, su hermana y secretaria. Le indicó que preparara su cuarto, pues era el único que tenía cama en vez de hamaca, y que limpiara otra vez el polvo con mucho cuidado. Liberó la mano izquierda de la lámpara pasándola a la derecha, miró a la visitante aleteando con la mano desocupada y comentó a modo de disculpa, con una sonrisa excitada:

así vivimos en Paita, señora: luchando sin descanso contra el polvo, y no hay manera de acostumbrarse a él. Es nuestro elemento natural.

no se preocupe, padre, que del polvo venimos y al polvo vamos, le recordó ella para tranquilizarlo.

Cuando despertó a la mañana siguiente agarrotada por las pesadillas y el reuma, Manuela supo que la queja del padre Jenaro no era una exageración: sintió el polvo gris de Paita adherido a su piel, enredado en su pelo, alojado en sus orejas y padeció su sabor a salitre y a piedra pómez en el paladar.

no hay nada que hacer, padre: estamos en el limbo del Antiguo Testamento, se quejó ella cuando él se acercó a darle los buenos días.

pero da mucha paz, doña Manuela, ya lo verá, le aseguró él.

Después de un breve comentario sobre el buen día que anunciaba la brisa del mar, el párroco siguió de largo a dar el toque para la primera misa, y Manuela, pese a los inconvenientes del reuma, se puso en pie con la diligencia de su carácter. No quiso molestar a Sor Enith, ni despertar a ninguna de sus criadas, que estaban derrengadas por el largo viaje. Empapó un trapo de gasa en agua de verbena, se frotó la cara, las axilas y el sexo en perfecto reposo; se compuso las mechas devolviéndolas a las crenchas terminadas en moño, se puso un vestido cómodo de una sola pieza y unas sandalias para caminar en la arena.

De vuelta del campanario, el padre Jenaro ensayó un diálogo pausado con la Libertadora y se olvidó por un momento de la misa de seis. El Espíritu Santo, pensó, estaba hecho al fin de cuentas de una sustancia un tanto huidiza, mientras que ella, la gran amante de Simón Bolívar, se encontraba ahora despierta y de cuerpo presente en su casa. Pero enseguida comprendió que Manuela apenas hablaba lo necesario, y la dejó que avanzara hacia el muelle y la playa entre los pescadores, cuando el día era todavía una promesa de albores.

Restos de noche se demoraban en los acantilados y el polvo estaba aplacado por la brisa, y mientras los buharros agotaban los últimos sueños en los farallones, las aves de mar empezaban a desgranar su canto de madrugada. En medio de la sinfonía del amanecer, Manuela caminaba como sonámbula, sintiendo completarse el bálsamo que buscaba al ver brotar la gran naranja de rayos gruesos y torpes que fueron pronto una piel de nácar sobre las aguas de la bahía. Entonces recordó las veces que había contemplado esa piel de agua trémula cogida de la mano de su Simón. *Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar*, suspiró, pero no pensó en Manrique sino en Heráclito. El mar seguía siendo idéntico en su movimiento eterno. Ella y su Simón, en cambio, fluían

en el tiempo para ya no ser los mismos. Su Simón y su gloria libertadora, pensó, eran ahora cenizas diluyéndose en un mar de odios y de calumnias, de anarquía y de traiciones, y ella, que iba a cumplir cuarenta años en diciembre, había quedado a la orilla de la historia, convertida en el rescoldo de lo que fue una vida en llamas, en la sombra de una vida común y corriente.

Manuela se zafó por un instante del pasado abrumador y del presente azaroso, y se abandonó cogida de la mano invisible de su Simón, sin importarle en qué mañana ni en qué playa ocurría uno de sus últimos ensueños. Sintió un dulce vértigo, una caricia de luz en la mirada, y, como en tiempos pasados, deseó desaparecer en la piel del paisaje, igual que una gota de agua en el mar, un grano de arena en la playa, una brizna de luz en la mañana, pero el sol había terminado de encenderse sobre la inmensidad del Pacífico, y Manuela percibió en su piel criolla el amanecer completo de su primer día de destierro en Paita.

Doce años antes, a la sombra del amor y de la gloria, había pasado por allí en el bergantín *Helena*, rumbo a Lima, tras el fuego de Bolívar. Durante una escala técnica de tres horas, el capitán Simpson la había invitado a dar un paseo rápido por el pueblo, pero ella se negó a bajar del barco sin ninguna explicación y se quedó a bordo mirando alelada, como frente a una aparición, la casita con corredores de postes de bambú que había junto al muelle. Cuando el capitán le preguntó si había visto una sirena varada en la playa, Manuela soltó su risa alocada y le señaló la modesta construcción con su índice pequeño y ahusado:

por supuesto que no, capitán Simpson; estaba pensando que sólo en esa casita, echada en una hamaca frente al mar, es soportable la vida en este miserable puerto.

no le falta razón, doña Manuela, le aseguró él: a este lugar lo salva el mar y lo pierde el desierto.

A pesar de su historia larga y trajinada, Paita era un pueblo residual entre el azul del Pacífico y la desolación del desierto. Las pestes, las conflagraciones periódicas, la acción milenaria del polvo y el trabajo infatigable de los comejenes lo mantenían en un estado de

refundaciones continuas. Desde la distancia, los pasajeros lo veían como un ensueño extendido a lo largo de la bahía en forma de media luna, pero en cuanto pisaban tierra desaparecía la visión idílica y quedaba una calle larga de arena y polvo gris que se curvaba obediente a la bahía, con casas bajas e irregulares de barro y cañabrava, techos de paja y cañaheje, a uno y otro lado de la calle principal. De ésta nacían otras más estrechas que se prolongaban hasta cerca de los farallones raídos por los vientos del mar y del desierto.

Francisco Pizarro lo había fundado para desembarcar las armas y la caballería con las que sometió al imperio de los incas. Las corrientes marinas del sur eran un calvario para las naves de cabotaje, mientras que el fatigado y lento avance de las bestias por los caminos reales ofrecía una mayor seguridad. Durante la Colonia, los virreyes y sus séquitos, que venían de España y México, siguieron la costumbre de desembarcar en Paita y continuar el viaje a caballo hasta Lima y Cuzco. Luego, durante los primeros años de la Independencia, fue el único puerto de los pueblos del interior, al otro lado del desierto. Aquí sudaban sus fiebres los apestados del vómito negro, que eran sometidos a cuarentena antes de permitirles la entrada a Lima y a Guayaquil. El año en que llegó Manuela, Paita se había convertido en el último puerto de avituallamiento de los barcos balleneros de New Bedford y Nantucket, y hacía más de una década que era célebre por ser el limbo de los desterrados de las nacientes repúblicas bolivarianas: era la Elba sudamericana de todos los perdedores.

Al sur de la bahía estaba el puerto con su muelle de madera y un modesto astillero de embarcaciones de cabotaje. Justo enfrente, donde empezaba la calle principal, se encontraba la casita que Manuela había visto desde el bergantín *Helena* y que ahora pudo observar de cerca por primera vez. Era evidente que había sido reconstruida a pedazos a través de los años. El techo piramidal de hojas de iraca descansaba sobre vigas y columnas de bambú, y las paredes eran de barro, arena y cañabrava. Una curiosa inclinación hacia el mar había exagerado los intersticios del bahareque de las paredes, como el costillar de un esqueleto de ballena, por donde los

vientos del mar y del desierto pasaban dejando un rastro de humedad y de sequedad en los aposentos. Sus corredores de postes de bambú eran cómodos y frescos, con vistas a la bahía, donde Manuela vio fondear los veleros y las chalupas de los pescadores, y donde, más allá, vio las gaviotas y los alcatraces entretejer sin estorbarse el azul turquesa del mar y el azul zafiro del cielo.

Durante su primer paseo por la bahía, Manuela comprendió que el mar que anidaba en su memoria no era un simple ensueño, pero a la vez se dio cuenta de que los límites del paraíso eran los mismos del infierno. El polvo levantado por los transeúntes, los perros callejeros y las mulas del agua se adhería a las casas y a los edificios, a los arbustos y a la piel de las personas. Hasta la mirada de los paiteños le pareció difusa, como velada por aquel polvo gris y omnipresente. Sintió que el tiempo estaba vivo sólo en el mar y sobre el mar, mezclando olas y gaviotas con peces y luceros, mientras que moría sin remedio en Paita y en el cielo de Paita. En vano el tictac de los relojes de péndulo creaba la ilusión del paso del tiempo, y ni siquiera los buharros y los gallinazos, que volaban en círculos entre los farallones, le parecieron signos de vida, pues los vio como heraldos vigilantes de la muerte. Sin embargo, Manuela había tomado ya la decisión de quedarse un tiempo al saborear el sol del Pacífico, al comprobar la salubridad de las playas y al constatar que la casita del muelle estaba deshabitada.

Cuando regresó a la casa cural, la encontró asediada por la multitud, y, dentro, el comité de recepción, presidido por el padre Jenaro, el alcalde, el juez de paz y el capitán del puerto, deliberaba sobre la colecta para colocar los carteles de bienvenida y organizar la fiesta pública en honor de la Libertadora. En la homilía de la misa de seis, el padre Jenaro les había dado la grata nueva a los paiteños y había celebrado la presencia de Manuela como un signo de esperanza y un golpe casi definitivo contra el olvido. Manuela pensó que se habían equivocado de mesías o que ella se había equivocado de puerto, pero les agradeció su gesto espontáneo de bienvenida mientras tomaba con los cuatro notables un desayuno de chocolate espeso con buñuelos, huevos revueltos con cebolleta y arepas de choclo tierno de Lambayeque. Les explicó que no quería ninguna

recepción especial para no llamar más la atención, que sólo aspiraba a ser una vecina más, una comedida y anónima vecina de Paita, pues lo único que deseaba era un rincón como ése para terminar sus días en paz.

pero su presencia es una bendición para Paita, señora, le dijo el padre Jenaro con acento desolado.

o una condena, padre, le corrigió ella. No olvide que los de Lima nunca me han querido: ellos me expulsaron en el año de veintisiete. No olvide tampoco que acabo de ser desterrada de mi propio país por el tunante de Rocafuerte y que antes lo fui de la Nueva Granada por ese miserable diantre de Santander.

Paita quiere ser la patria que otros le niegan, señora, le aseguró el alcalde con una expresión acongojada y fraterna.

Echó una mirada alrededor y, tras un silencio breve, agregó:

disculpe que tengamos tan poco que ofrecerle.

eso no es cierto, señor alcalde, se apresuró ella a corregirle. Tantos corazones abiertos son un lugar muy confortable para una pobre mujer como yo. Además, ahora me bastaría una hamaca colgada frente al mar y una playa para pasear.

es lo mejor que tiene la bahía, señora: sus playas con sus aguas tibias y sus arenas medicinales, le explicó el capitán del puerto.

eso me dijeron en Guayaquil, y es una de las razones que me han traído a Paita.

Manuela miró al resto de los comensales como si acabara de revelar un secreto y esbozó una sonrisa de satisfacción, que se le quebró enseguida por el acceso de tos que le causaron las migas de arepa . Los notables se ruborizaron y no supieron qué hacer. Ella los tranquilizó con gestos y ademanes serenos, mientras se echaba aire con la servilleta. Después de un trago de chocolate, emergió de la crisis, y, sin darle importancia al incidente, les hizo saber a los notables que, como gesto de gratitud, visitaría a las familias principales de Paita una vez que estuviera instalada en su nueva casa.

Los notables le comunicaron su decisión de asignarle la casa de piedra y conchas contigua a la iglesia de La Merced, donde se celebraban los escasos actos culturales del pueblo. Pero Manuela los

dejó con la respiración entrecortada cuando, al final del desayuno, les explicó la casa que quería. En principio no había ningún problema, pues la casita del muelle pertenecía al puerto y apenas era ocupada de vez en cuando por sus trabajadores o por algún marinero errante. El problema era que su construcción de madera y bambú y su proximidad al mar la mantenían infestada de comejenes de vientres voraces. Manuela no lo vio como un obstáculo, sino como un aliciente:

quiere decir, señores, que voy a tener mucho en qué entretenerme: yo sé algo de venenos.

el problema, doña Manuela, es que aquí los comejenes lo devoran todo y no hay veneno que pueda con ellas, le explicó el capitán del puerto.

entonces, capitán, ya son dos las plagas invencibles: el polvo y los comejenes; quiero decir tres, porque no hay peor plaga que el tiempo, subrayó con un gesto desapacible.

Manuela se levantó del comedor, dando por concluidos el desayuno y la conversación, señaló con el índice el reloj de cuco, que iba a dar las nueve, y comentó envuelta en su risa de loca amable:

claro que es nuestra plaga necesaria.

Los notables y algunos vecinos de Paita estuvieron de acuerdo en obsequiarle el alquiler. Ella, con su dignidad alerta, lo rechazó. Pensó que todavía no le había llegado el momento de vivir de la caridad pública, y convino con ellos un precio módico: nueve pesos. Al cabo de una semana, con la ayuda de sus criadas Juana Rosa, Dominga y Mendoza, los monaguillos de La Merced y algunos estibadores del puerto, Manuela tuvo lista la única casa que habitó en Paita: un rancho pobre y apartado, pero limpio y luminoso, frente a un mar turquesa que mecería sus ensueños y arrullaría sus recuerdos cuando ella posara sus ojos cansados sobre la piel trémula del Pacífico.

Tal y como se imaginó a sí misma desde el bergantín *Helena*, colgó una hamaca de Guayaquil de los postes del corredor y, dándole fumaradas espaciadas a su cachimba de marinero, permaneció echada día y noche contemplando el mar, hasta cuando

se lo permitían los dolores del reuma. Al principio no pensó en nada ni en nadie: simplemente dejó que el tamaño del Pacífico ocupara su imaginación. Luego, cuando el balanceo de la hamaca fue el ir y el venir de las olas, los recuerdos empezaron a desfilar por su mente en forma pausada y ordenada, a tono con el suave oleaje de la bahía, y, después, a borbotones y en desorden, a tono con la trayectoria de su vida turbulenta. Aunque intensos, unos y otros eran recuerdos fugaces que morían con las olas al pie del muelle de madera. Juana Rosa se limitó durante esos días a llevarle picadura de tabaco negro para su cachimba y algo de comer dos veces al día. Cuando el sereno soltaba los primeros pregones, le preparaba una infusión de heliotropo y melastoma para mitigar los rigores del reuma. Por su parte, Dominga y Mendoza mantenían el polvo a raya y de vez en cuando le pasaban por el rostro y los brazos un trapo de gasa mojado con agua de verbena. Su estado de abandono llegó a ser tan suelto y prolongado, que las criadas temieron otra vez por su vida. En los ojos abatidos de su ama podían ver el desfile de los hechos y hasta la geografía del drama.

Al tercer día, cuando las criadas empezaron a contagiarse también del nirvana de Paita, Manuela despertó de los ensueños del mar y de los recuerdos frente al mar, y volvió a gozar y a padecer las cosas y los detalles de la vida diaria. Escuchó el ronroneo de los comejenes en la madera, el latido triste de los perros vagabundos y el canto disperso de los gallos durante el día; vio pasar las mulas sudorosas con el agua fresca de Amotape y sintió el polvo gris maniatando el tiempo en las calles y en los techos de paja, indiferente como siempre al tictac de los relojes de péndulo. Percibió de nuevo el rumor de la bahía y recordó que el mundo seguía vivo y agitado en el muelle, acorde con la clepsidra del mar. Los botes y las lanchas surtían de provisiones a los balleneros de New Bedford y los marineros reparaban el maderamen y las velas rotas fumando tabaco negro y bebiendo ron de caña y chicha de maíz. Y mientras seguía con la vista a los estibadores que cargaban los sacos de carbón, los barriles de agua, los cajones de Piura con granos y verduras y la carne curada de venado y cordero, se le ocurrió la idea de montar una tienda. Entonces dejó la hamaca de un salto juvenil,

cogió una tabla de cedro y escribió con un pedazo de carbón en letras gordas: «TOBACCO. ENGLISH SPOKEN. MANUELA SAENZ».

Ω Ω Ω